

Michel Houellebecq

# El mapa y el territorio

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*

La carte et le territoire  
Flammarion  
París, 2010

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français  
chargé de la culture-Centre national du Livre  
Publicado con la ayuda del Ministerio francés de  
Cultura-Centro Nacional del Libro*

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* foto © Yasushi Okano / Flickr / Getty Images

*Primera edición: septiembre 2011*

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2011  
© Michel Houellebecq y Flammarion, 2010  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7568-3  
Depósito Legal: B. 23621-2011

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

El mundo está harto de mí y yo estoy harto de él.

CHARLES D'ORLÉANS

Jeff Koons acababa de levantarse de su asiento con los brazos hacia delante en un impulso de entusiasmo. Sentado enfrente de él, en un canapé de cuero blanco parcialmente recubierto de seda, un poco encogido sobre sí mismo, Damien Hirst parecía a punto de emitir una objeción; tenía la cara colorada, sombría. Los dos vestían traje negro —el de Koons, de rayas finas—, camisa blanca y corbata negra. Entre los dos hombres, en una mesa baja, descansaba un cesto de frutas confitadas al que ni uno ni otro prestaba la menor atención; Hirst bebía una Budweiser Light.

Detrás de ellos, un ventanal daba a un paisaje de edificios altos que formaban una maraña babilónica de polígonos gigantescos que se extendía hasta los confines del horizonte; la noche era luminosa, el aire absolutamente diáfano. Se podría decir que estaban en Qatar o en Dubai; la decoración de la habitación se inspiraba en realidad en una fotografía publicitaria, sacada de una publicación de lujo alemana, del Hotel Emirates de Abu Dabi.

La frente de Jeff Koons relucía ligeramente; Jed la sombreó con un cepillo y retrocedió tres pasos. Era evi-

dente que había un problema con Koons. Hirst era, en el fondo, más fácil de captar: podías verlo brutal, cínico, al estilo de «me cago en vosotros desde las alturas de mi pasta»; también podías verlo como el *artista rebelde* (pero siempre rico) que trabaja en una *obra angustiada sobre la muerte*; había, por último, en su rostro algo sanguíneo y pesado, típicamente inglés, que le asemejaba a un hincha común del Arsenal. Tenía, en suma, distintas caras, pero podían combinarse en el retrato coherente, representable, de un artista británico típico de su generación. Koons, por el contrario, parecía poseer cierta doblez, como una contradicción entre la marrullería corriente del agente comercial y la exaltación del asceta. Hacía ya tres semanas que Jed retocaba la expresión de Koons al levantarse de su asiento con los brazos hacia delante en un impulso de entusiasmo como si intentara convencer a Hirst; era tan difícil como pintar a un pornógrafo mormón.

Había fotografías de Koons solo o acompañado de Roman Abramovich, Madonna, Barack Obama, Bono, Warren Buffett, Bill Gates... Ninguna conseguía expresar nada de su personalidad, traspasar esa apariencia de vendedor de descapotables Chevrolet que él había decidido mostrar al mundo, era exasperante, hacía ya mucho tiempo, por otra parte, que los fotógrafos exasperaban a Jed, sobre todo los *grandes fotógrafos* con su pretensión de revelar con sus negativos la *verdad* de sus modelos; no revelaban absolutamente nada, se limitaban a colocarse delante de ti y activar el motor de la cámara para tomar centenares de instantáneas a la buena ventura, lanzando risitas, y más tarde escogían las menos malas de la serie, así procedían, sin excepción, todos aquellos presuntos *grandes fotógrafos*, Jed conocía a algunos personalmente y sólo le inspiraban

desprecio, los consideraba a todos igual de creativos que un fotomatón.

En la cocina, a unos pasos de él, el calentador de agua emitía una sucesión de chasquidos secos. Se quedó quieto, paralizado. Era ya el 15 de diciembre.

Un año antes, aproximadamente en la misma fecha, su calentador había emitido la misma sucesión de chasquidos antes de pararse del todo. En unas horas, la temperatura en el taller había descendido a tres grados centígrados. Había conseguido dormir un poco, adormecerse durante breves lapsos. Hacia las seis de la mañana había utilizado los últimos litros del depósito de agua caliente para un aseo escueto y luego se había preparado un café mientras aguardaba al empleado de Fontanería General: habían prometido enviarle a alguien a primera hora de la mañana.

En su sitio web, Fontanería General se proponía «llevar la fontanería al tercer milenio»; podrían empezar por cumplir sus compromisos, rezongó Jed hacia las once, deambulando por el taller sin conseguir calentarse. Estaba trabajando en un retrato de su padre que titularía *El arquitecto Jean-Pierre Martin abandonando la dirección de su empresa*; inevitablemente, el descenso de la temperatura iba a retrasar el secado de la última capa. Como todos los años, había aceptado cenar con su padre en Nochebuena, dos semanas más tarde, y esperaba haberlo terminado an-

tes; si no llegaba un fontanero enseguida, su intención se vería frustrada. A decir verdad, la cosa no tenía la menor importancia, no pensaba regalarle el retrato a su padre, solamente quería *enseñárselo*; ¿por qué, de pronto, le concedía tanta importancia? Realmente tenía los nervios de punta en aquel momento, trabajaba demasiado, había empezado seis lienzos al mismo tiempo, no paraba desde hacía meses, no era razonable.

Hacia las tres de la tarde decidió volver a llamar a Fontanería General; comunicaba continuamente. Consiguí contactar con ellos un poco después de las cinco; la empleada del servicio de atención al cliente alegó una sobrecarga excepcional de trabajo debido a la llegada de los grandes fríos, pero prometió que le enviaría a alguien a la mañana siguiente sin falta. Jed colgó y luego reservó una habitación en el Hotel Mercure del boulevard Auguste-Blanqui.

Al día siguiente aguardó otra vez todo el día la llegada de Fontanería General, pero también la de Simples Fontaneros, con los que había conseguido contactar en el ínterin. Simples Fontaneros prometía el respeto a las tradiciones artesanales de la «gran fontanería», pero tampoco se mostraba capaz de cumplir sus compromisos.

En el retrato que había hecho de él, el padre de Jed, de pie sobre una tarima en medio del grupo de unos cincuenta empleados que trabajaban en su empresa, levantaba su copa con una sonrisa dolorosa. La copa de despedida se tomaba en el *open space* de su estudio de arquitecto, una sala grande de paredes blancas, de treinta metros por veinte, iluminada por un ventanal, donde los puestos de diseño informático alternaban con las mesas de caballete que sostenían las maquetas en tres dimensiones de los proyectos en marcha. El

grueso de la concurrencia se componía de jóvenes con aspecto de *nerds*: los diseñadores 3D. De pie, junto a la tarima, tres arquitectos cuarentones rodeaban a su padre. Siguiendo una configuración copiada de una tela menor de Lorenzo Lotto, cada uno de los tres evitaba la mirada de los otros dos y trataba de captar la mirada del padre; se comprendía al instante que los tres albergaban la esperanza de sucederle al frente de la empresa. La mirada del padre, enfocada un poco por encima de los presentes, expresaba el deseo de reunir a su equipo a su alrededor por última vez y una confianza razonable en el futuro, pero sobre todo una tristeza absoluta. La tristeza de abandonar la empresa que había creado y la tristeza de lo inevitable: se trataba claramente de un hombre acabado.

A media tarde, Jed intentó en vano, una decena de veces, contactar con Ze Fontaneros, que utilizaba la emisora Skyrock como música de espera, mientras que Simples Fontaneros había elegido Rires et Chansons.

Hacia las cinco de la tarde llegó al Hotel Mercure. Anochecía sobre el boulevard Auguste-Blanqui; los sin techo habían encendido un fuego en la calle lateral.

Los días siguientes transcurrieron más o menos igual: marcaba números de empresas de fontanería que le ponían casi al instante una música de espera y aguardaba, en un frío cada vez más glacial, junto al cuadro que no quería secarse.

La mañana del 24 de diciembre surgió una solución en forma de un artesano croata que vivía muy cerca, en la avenue Stephen-Pichon: Jed se había fijado por casualidad en la placa al volver del Hotel Mercure. Estaba disponible, sí, inmediatamente. Era un hombre de baja estatura, pelo gris y tez pálida, de rasgos armoniosos y finos, que lucía un bigotito bastante Belle Époque; en realidad, bigote aparte, se parecía un poco a Jed.